ado por Renata Schussheim

–Señores, si como estoy en la vuestra estuviese en mi ciudad, me tengo tanto por vuestro amigo que ni en esto ni en otra cosa haría sino lo que os pluguiese; y además de esto, más debo plegarme a vuestra voluntad en cuanto vosotros os habéis ofendido a vosotros mismos, porque esta joven no es de Cremona ni de Pavia, como tal vez muchos juzgan, sino faentina, si bien ni yo ni ella ni aquel de quien yo la obtuve supimos nunca de quién fuese hija; por lo cual de lo que me rogáis, haré tanto como esté en mi poder.
Los valerosos hombres, oyendo que era de Faenza se maravillaron; y dándole las gracias a Giacomino por su generosa respuesta le rogaron que le pluguiera decirles cómo había llegado ella a sus manos y cómo sabía que fuese faentina; a lo que Giacomino dijo:
–Guidotto de Cremona fue mi compañero y amigo, y llegada la hora de su muerte me dijo que cuando esta ciudad fue tomada por Federico el emperador estando pillando todo, entró él con sus compañeros en una casa y la encontró llena de cosas y abandonada por sus habitantes, salvo por esta niña, quien, de edad de dos años o menos, a él que subía las escaleras le llamó padre; por la cual cosa, sintiendo lástima de ella, junto con todas las cosas de la casa se la llevó consigo y se fue a Fano y, muriendo allí, con lo que tenía allí me la dejó, ordenándome que cuando fuera tiempo la casara y lo que había sido suyo le diese por dote. Y llegando a edad de tener marido, no he podido darla a nadie que me guste; pero lo haré de buena gana antes de que otro caso semejante a aquel de ayer noche me suceda.
Había allí, entre los otros, un Guigliemino de Medicina que con Guidotto había estado en aquel asunto, y muy bien sabía de quién era la casa que Guidotto había robado; y viéndolo allí entre los otros, se le acercó y le dijo:
–Bernabuccio, ¿oyes lo que dice Giacomino?
Dijo Bernabuccio:
–Sí, y ha poco pensaba en ello porque me acuerdo que en aquella turbamulta perdí una hijita de la edad que Giacomino dice.
A quien Guigliemino dijo:
–Con certeza aquélla es ésta porque yo hace tiempo estuve en una parte donde oí a Guidotto explicar dónde había el pillaje, y supe que había sido tu casa; por ello, acuérdate si por alguna señal creerías reconocerla y hazla buscar, que encontrarás que con certeza es tu hija.
Por lo que, pensando Bernabuccio, se acordó que debía tener una cicatriz a guisa de crucecita sobre la oreja izquierda, por un nacido que le había hecho quitar poco antes de aquel accidente, por lo que, sin dilación, acercándose a Giacomino que todavía estaba allí, le rogó que lo llevara a su casa y le dejase ver a esta joven. Giacomino le llevó allí de buen grado y la hizo venir ante él; la cual, al verla Bernabuccio, la cara misma de su madre, que todavía era una hermosa mujer, le pareció ver; pero sin embargo, no quedándose en esto, dijo a Giacomino que le pedía la gracia de poder levantarle un poco los cabellos sobre la oreja izquierda, de lo que Giacomino estuvo contento. Bernabuccio, acercándose a ella, que vergonzosamente estaba quieta, levantados con la mano derecha los cabellos, la cruz vio; por donde, verdaderamente conociendo que era su hija, tiernamente comenzó a llorar y a abrazarla, aunque ella se escabullese, y vuelto a Giacomino dijo:
–Hermano mío, ésta es mi hija; mi casa fue la que fue pillada por Guidotto, y ésta, en aquel frenesí súbito, fue dentro olvidada por mi mujer y su madre, y hasta ahora habíamos creído que en la casa, que aquel mismo día ardió, había ardido.
La joven, oyendo esto y viéndolo hombre de edad, y dando fe a sus palabras y, por oculta virtud movida, recibiendo sus abrazos, con él tiernamente comenzó a llorar. Bernabuccio en el mismo momento mandó por su madre y por otros parientes suyos y por sus hermanos, y mostrándola a todos y contándoles el hecho, después de mil abrazos, haciendo una gran fiesta, estando Giacomino muy contento, consigo a su casa la llevó.
Sabido aquello el capitán de la ciudad, que era hombre valeroso, y sabiendo que Giannole, a quien tenía preso, hijo era de Bernabuccio y hermano carnal de aquélla, pensó pasar por alto mansamente la falta cometida por aquél; e interviniendo en estas cosas, con Bernabuccio y con Giacomino, a Giannole y a Minghino hizo hacer las paces, y a Minghino, con gran placer de todos sus parientes, dio por mujer a la joven, cuyo nombre era Agnesa, y junto con ellos liberó a Crivello y a los otros que detenidos habían sido por esta razón; y Minghino luego hizo contentísimo buenas y grandes bodas, Y llevándosela a casa, con ella en paz y en prosperidad después vivió muchos años.



Afortunado encuentro

Gian de Prócida, hallado con una joven amada por él y regalada al rey Federico, para ser quemado con ella es atado a un palo, reconocido por Ruggier de Loria, se salva y la toma por mujer.

Terminada la historia de Neifile, que mucho había gustado a las damas, mandó la reina a Pampínea que se dispusiese a contar alguna; la cual, prestamente, levantando el claro rostro, comenzó:

–Grandísimas fuerzas, amables señoras, son las de Amor, y a grandes fatigas y a exorbitantes peligros exponen a los amantes, como por muchas cosas contadas hoy y otras veces, puede comprenderse; pero no dejo de querer probarlo de nuevo con la osadía de un joven enamorado. Ischia es una isla muy cercana a Nápoles, en la que antiguamente hubo una jovencita entre las otras hermosa y muy alegre cuyo nombre fue Restituta, e hija de un hombre noble de la isla que Marín Bólgaro tenía por nombre; la cual, a un mozuelo que de una islita cercana a Ischia era, llamada Prócida, y por nombre tenía Gianni, amaba más que a su vida, y ella a él. El cual, no ya el día venía a pasar a Ischia para verla, sino que muchas veces de noche, no habiendo encontrado barca, desde Prócida a Ischia nadando había ido, para poder ver, si otra cosa no podía, al menos las paredes de su casa. Y durante estos amores tan ardientes sucedió que, estando la joven un día de verano sola junto al mar, yendo de roca en roca desprendiendo de las piedras conchas marinas con un cuchillito, se halló en un lugar oculto por los escollos donde, tanto por la sombra como por la comodidad de una fuente de agua fresquísima que allí había, se habían detenido con su fragata algunos jóvenes sicilianos, que de Nápoles venían. Los cuales, habiendo visto a la hermosísima joven que todavía no los veía, y viéndola sola, decidieron entre sí cogerla y llevársela; y a la decisión siguió el acto. Ellos, por mucho que ella gritara, cogiéndola, la subieron a la barca y se fueron; y llegados a Calabria empezaron a discutir de quién debía ser la joven y, en resumen, todos la querían, por lo que no hallando acuerdo entre ellos, temiendo llegar a las manos y por ella arruinar sus asuntos, llegaron al acuerdo de regalarla al rey Federico de Sicilia, que entonces era joven y con cosas semejantes se entretenía; y llegados a Palermo lo hicieron así. El rey, viéndola hermosa, le gustó; pero porque se sentía flojo de salud, hasta que se sintiese más fuerte, mandó que fuese tenida en ciertos edificios bellísimos de un jardín suyo al que llamaba La Cuba y allí servida; y así se hizo. El alboroto por el rapto de la joven fue grande en Ischia, y lo que más les dolía es que no podían saber quiénes habían sido los que la habían raptado. Pero Gianni, a quien más que a los demás importaba, no esperando poder averiguarlo en Ischia, sabiendo de qué lado se había ido la fragata, haciendo armar una, subió a ella y lo más pronto que pudo, recorrida toda la costa desde el Minerva hasta el Scalea en Calabria, y por todas partes preguntando por la joven, le dijeron en Scalea que había sido llevada por los marinos sicilianos a Palermo; con lo que Gianni, lo antes que pudo se hizo llevar allí, y luego de mucho buscar, encontrando que la joven había sido regalada al rey y por él estaba vigilada en La Cuba, se enfureció mucho y perdió la esperanza, no ya de poder nunca volver a tenerla sino de verla tan sólo.

Pero, retenido por el amor, despidiendo la fragata,

viendo que por nadie era conocido, allí se quedó, y frecuentemente pasando por La Cuba llegó a verla un día a una ventana, y ella lo vio a él; con lo que los dos bastante contento tuvieron. Y viendo Gianni que el lugar era solitario, acercándose como pudo, le habló e, informado por ella de lo que tenía que hacer si quería hablarle más de cerca, se fue, habiendo primero considerado en todos sus detalles la disposición del lugar, y esperando la noche, y dejando pasar buena parte de ella, allá se volvió, y agarrándose a sitios donde no habrían podido hincarse picos en el jardín entró, y encontrando en él una pértiga, a la ventana que le había enseñado la joven la apoyó, y por ella con bastante facilidad subió.

La joven, pareciéndole que ya había perdido el honor por cuya protección algo arisca había sido con él en el pasado, pensando que a ninguna otra persona más dignamente que a él podía entregarse y pensando en poder inducirlo a sacarla de allí, había decidido complacerle en todos sus deseos, y por ello había dejado la ventana abierta, para que él rápidamente pudiese entrar dentro.

Encontrándola, pues, Gianni abierta, silenciosamente entró y se acostó junto a la joven que no dormía. La cual, antes de pasar a otra cosa, le manifestó toda su intención, rogándole sumamente que la sacase de allí y la llevase con él; y Gianni le dijo que nada le agradaría tanto como aquello y que, sin falta, cuando se separase de ella, de tal manera ordenaría las cosas que la primera vez que volviese allí se la llevaría. Y después de esto, abrazándose con grandísimo placer, gozaron de aquel deleite más allá del cual ninguno mayor puede conceder Amor; y luego de que lo hubieron reiterado muchas veces, sin darse cuenta se quedaron dormidos uno en los brazos del otro.

El rey, a quien ella había gustado mucho a primera vista, acordándose de ella, sintiéndose bien de salud, aunque estaba ya cercano el día, deliberó ir a estar un rato con ella; y con algunos de sus servidores, calladamente, se fue a La Cuba, y entrando en los edificios, haciendo abrir sin ruido la alcoba donde sabía que dormía la joven, en ella con un gran candelabro encendido por delante entró; y mirando la cama, a ella y a Gianni, desnudos y abrazados, vio que estaban durmiendo. De lo que de súbito se enojó ferozmente y montó en tan grande ira, sin decir palabra, que poco faltó para que allí, con un puñal que llevaba al cinto, los matase; luego, juzgando cosa vilísima que cualquier hombre, y no ya un rey, matase a dos personas desnudas que dormían, se detuvo, y pensó hacerlos morir en público y quemados. Y volviéndose al solo compañero que tenía consigo, dijo:

–¿Qué te parece esta mala mujer en quien había puesto mi esperanza?

Y luego le preguntó si conocía al joven que tanta audacia había tenido que había venido a su casa a causarle tan gran ultraje y disgusto. Aquel a quien preguntado había contestó que no se acordaba de haberlo visto nunca. Se fue el rey, pues, airado, de la alcoba y mandó que los dos amantes, desnudos como estaban, fuesen apresados y atados, y al hacerse día claro los llevasen a Palermo y en la plaza, atados a un poste con la espalda de uno

vuelta contra la del otro y hasta la hora de tercia fueran tenidos, para que pudiesen ser vistos por todos y luego fuesen quemados como lo habían merecido; y dicho esto se volvió a Palermo a su cámara muy sañudo.

Partido el rey, súbitamente muchos se arrojaron sobre los dos amantes y no solamente los despertaron sino que prestamente sin ninguna piedad los cogieron y los ataron; lo que viendo los dos jóvenes, si se dolieron y temieron por sus vidas y lloraron y se quejaron, puede estar bastante claro.

Fueron, según el mandato del rey, llevados a Palermo y atados a un palo en la plaza, y delante de sus ojos se preparó la leña y el fuego para prenderla a la hora mandada por el rey. Allí rápidamente todos los palermitanos, hombres y mujeres, corrieron a ver a los dos amantes; los hombres todos venían a mirar a la joven, y lo hermosa que era por todas partes y lo bien hecha alababan, como las mujeres, que a mirar al joven corrían, a él por otra parte elogiaban por ser hermoso y sumamente bien formado. Pero los desventurados amantes, avergonzándose mucho ambos, estaban con la cabeza baja y llorando su infortunio, de hora en hora, esperando la cruel muerte por el fuego.

Y mientras así hasta la hora fijada eran tenidos, pregonándose por todas partes la falta cometida por ellos y llegando a los oídos de Ruggier de Loria, hombre de inestimable valor y entonces almirante del rey, para verlos se fue hacia el lugar donde estaban atados y llegado allí, primero miró a la joven y la alabó de su hermosura, y después viniendo a mirar al joven, sin demasiado trabajo lo reconoció; y acercándose más a él, le preguntó si era Gianni de Prócida.

Gianni, alzando el rostro y reconociendo al almirante, repuso:

–Señor mío, bien fui aquel por quien preguntáis, pero estoy a punto de dejar de serlo.

Le preguntó entonces el almirante que qué le había llevado a aquello; al cual Gianni repuso:

–Amor y la ira del rey.

Hízose el almirante explicar más la historia, y habiendo oído todo cómo había sucedido, y queriendo irse, lo llamó Gianni y le dijo:

–¡Ah, señor mío! Si puede ser, alcanzadme una gracia de quien así me hace estar.

Ruggeri le pregunto que cuál.

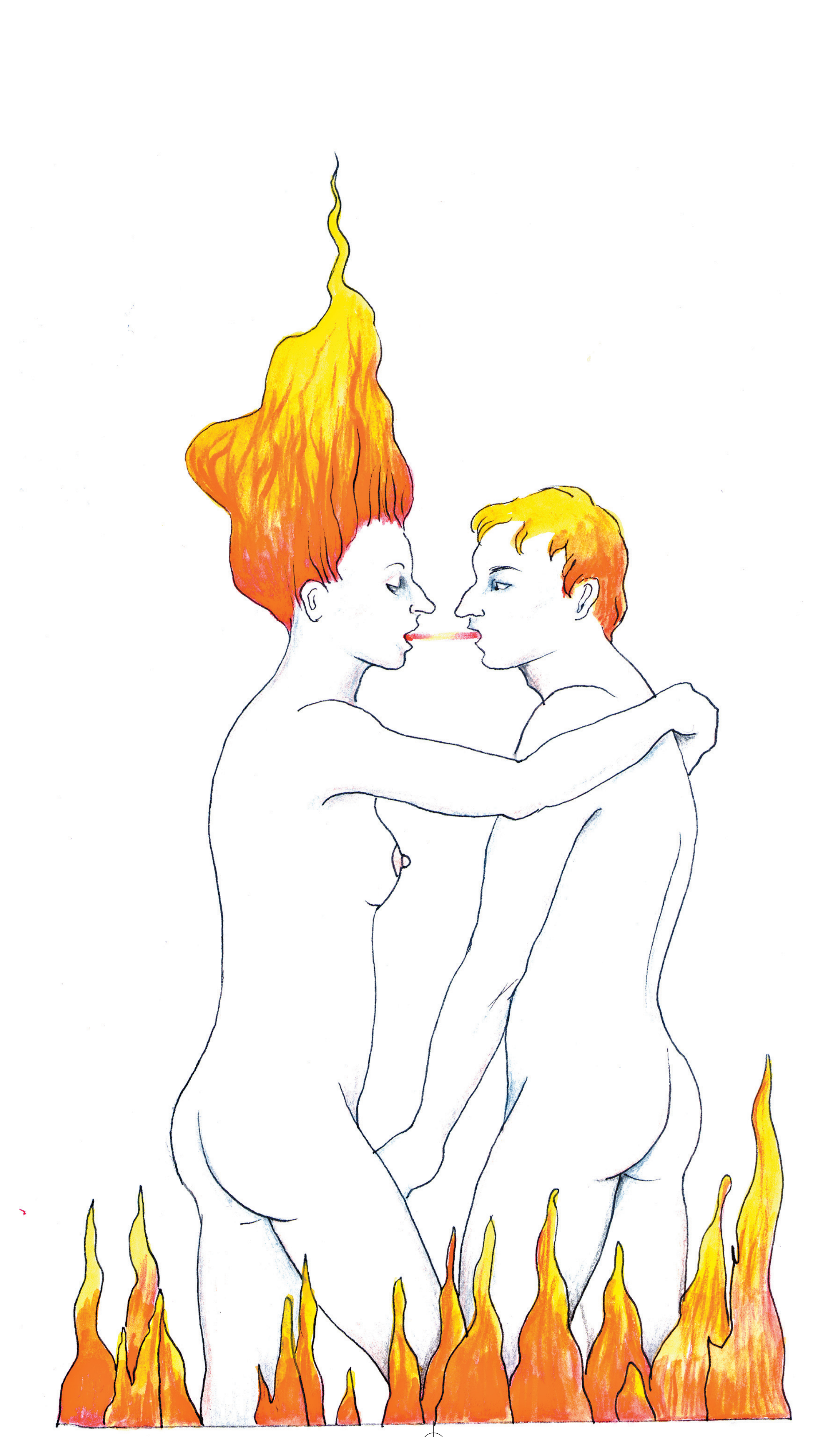
Gianni le dijo:

–Veo que debo, y muy pronto, morir; quiero, pues, de gracia, que, como estoy con esta joven, a quien más que a mi vida he amado, y ella a mí, dándole la espalda, y ella a mí, que nos pongan dándonos la cara, para que al verla la cara mientras me esté muriendo pueda irme consolado.

Ruggier, sonriendo, dijo:

–Haré con gusto que la veas todavía tanto que te hartes de ella.

Y separándose de él, mandó a aquellos a quienes había sido ordenado poner aquello en ejecución que sin otro mandato del rey no debían hacer más de lo que habían hecho; y sin demora se fue al rey,



al cual, aunque le viese airado, no dejó de decirle lo que pensaba, y le dijo:
–Rey, ¿en qué te han ofendido los dos jóvenes que allí arriba, en la plaza, has mandado que sean quemados?
El rey se lo dijo.
Continuó Ruggier:
–La falta que han cometido lo merece, pero no de ti; y como las faltas merecen castigo, así los beneficios merecen recompensa, además de la gracia y la misericordia. ¿Sabes quiénes son esos a quienes quieres que quemen?
El rey repuso que no.
Dijo entonces Ruggier:
–Y yo quiero que lo sepas para que veas cuán discretamente te abandonas a los impulsos de la ira. El joven es hijo de Landolfo de Prócida, hermano carnal de micer Gian de Prócida por obra de quien eres rey y señor de esta isla; la joven es hija de Marín Bólgaro, cuyo poder hace hoy que tu señorío no sea arrojado de Sicilia. Son, además de esto, jóvenes que largamente se han amado y empujados por el amor y no por el deseo de desafiar tu señoría, este pecado, si se puede llamar pecado al que por amor hacen los jóvenes, han cometido. Por lo que ¿cómo quieres hacerlos morir cuando con grandísimos placeres y presentes deberías honrarlos?
El rey, oyendo esto y cerciorándose de que Ruggier decía verdad, no solamente no procedió a hacer lo peor contra ellos sino que se arrepintió de lo que había hecho, por lo que incontinenti mandó que los dos jóvenes fuesen desatados de la estaca y llevados ante él; y así se hizo. Y habiendo conocido enteramente su condición pensó que con honores y con dones tenía que compensar la injuria; y haciéndolos vestir honorablemente, viendo que era de mutuo consentimiento, a Gianni hizo casarse con la jovencita, y haciéndoles magníficos presentes, contentos los mandó a su casa, donde, recibidos con grandísima fiesta, largamente en placer y en gozo vivieron juntos.

NOVELA SEPTIMA

Los amantes reunidos

Teodoro, enamorado de Violante, hija de micer Amérigo su señor, la deja preñada y es condenado a la horca, siendo llevado a la cual, mientras le iban azotando, reconocido por su padre y puesto en libertad, toma por mujer a Violante.

Las señoras, que temerosas estaban pendientes de oír si los dos amantes eran quemados, oyendo que se habían salvado, se alegraron dando gracias a Dios; y la reina, oído el final, a Laureta dio el encargo de la siguiente: la cual alegremente comenzó a decir:

–Hermosísimas damas, en tiempos en que el buen rey Guiglielmo gobernaba Sicilia había en la isla un gentilhombre llamado micer Amérigo Abate de Trápani, el cual, entre los demás bienes temporales, estaba bien provisto de hijos; por lo que, teniendo necesidad de servidores y viniendo galeras de los corsarios genoveses de Levante que pirateando y costeando Armenia a muchos muchachos habían apresado, de ellos, creyéndolos turcos, compró algunos, entre los cuales, aunque todos los demás pareciesen pastores, había uno que de gentil y mejor aspecto que ningún otro parecía, y era llamado Teodoro. El cual, creciendo, aunque fuese tratado a guisa de siervo, en la casa mucho con los hijos de micer Amérigo se crió; y tirando más su naturaleza que los accidentes, comenzó a ser cortés y de buenos modales, hasta tal punto que tanto gustaba a micer Amérigo que lo hizo libre; y creyendo que fuese turco, lo hizo bautizar y llamar Pietro, y lo hizo de sus asuntos administrador, confiando mucho en él. Como los otros hijos de micer Amérigo, igual creció una hija suya llamada Violante, hermosa y delicada joven, la cual, pasando el tiempo el padre sin casarla, se enamoró por acaso de Pietro, y amándolo y teniendo en gran estima sus maneras y sus obras, sentía vergüenza, sin embargo, en descubrírselo. Pero Amor le quitó este trabajo porque, habiéndola Pietro mirado muchas veces cautelosamente, tanto se había enamorado de ella que no sentía ningún bien sino cuando la veía; pero mucho temía que de esto alguien se percatase, pareciéndole que no hacía bien con ello; de lo que la joven, que de buena gana lo miraba, se apercibió, y para darle más seguridad, contentísima (como estaba) se le mostraba. Y en esto pasaron bastante, no atreviéndose a decir el uno al otro cosa alguna, aunque mucho los dos lo deseaban. Pero mientras ellos por igual ardían en las amorosas llamas encendidos, la fortuna, como si hubiese decidido que quería que aquello sucediese, encontró el modo de arrojar de ellos el temeroso miedo que los retenía. Tenía micer Amérigo, aproximadamente a una milla de Trápani, un lugar suyo muy hermoso al que su mujer con la hija y con otras mujeres y señoras acostumbraba a ir frecuentemente para distraerse; donde, habiendo ido un día que hacía mucho calor, y habiendo llevado consigo a Pietro y quedándose allí, sucedió (como a veces vemos suceder en el verano) que súbitamente se cubrió el cielo con oscuras nubes, por la cual cosa, la señora con su compañía, para que el mal tiempo no las cogiese aquí, se pusieron en camino para volver a Trápani; y andaban lo más deprisa que podían. Pero Pietro, que era joven y del mismo modo la muchacha, se adelantaban bastante al andar de su madre y de las otras compañeras, tal vez no menos empujados por el amor que por el miedo al tiempo; y habiendo ya avanzado tanto,

con relación a la señora y a las otras, que apenas se veían, sucedió que luego de muchos truenos súbitamente un granizo gruesísimo y espeso comenzó a caer, del que la señora y su compañía escaparon en casa de un labrador. Pietro y la joven, no teniendo más rápido refugio, entraron en una iglesia antigua y casi en ruinas en la que no había nadie, y en ella, bajo un poco de techo que todavía quedaba, se refugiaron ambos; y les obligó la necesidad del escaso amparo a arrimarse el uno al otro. El cual tocamiento fue ocasión de tranquilizar un poco los ánimos y abrir los amorosos deseos. Y primero comenzó Pietro a decir:
–¡Quisiera Dios que nunca, debiendo yo estar como estoy, cesase este granizo!
Y la joven dijo:
–¡Mucho me gustaría!
Y de estas palabras vinieron a cogerse las manos y a apretujarse, y de esto a abrazarse y luego a besarse, mientras granizaba; y (para no tener yo que contar todos los particulares) el tiempo no se arregló antes de que ellos, los últimos deleites de amor ya conocidos, para poder secretamente el uno gozar del otro hubiesen hecho acuerdos.
El mal tiempo cesó, y al entrar en la ciudad, que estaba cerca, esperando a la señora, con ella a casa volvieron. Allí algunas veces, con muy discreto orden y secreto, con gran felicidad juntos se reunieron; y fue la cosa de manera que la joven quedó embarazada, lo que mucho desagradó al uno y al otro, por lo que ella muchas artes usó para poder contra el curso de la naturaleza desembarazarse, pero nunca pudo lograrlo. Por la cual cosa, Pietro, por su vida temiendo, decidido a huir, se lo dijo; la cual, oyéndolo dijo:
–Si te vas, me mataré sin falta.
A lo que Pietro, que mucho la amaba, dijo:
–¿Cómo quieres, señora mía, que me quede aquí? Tu gravidez descubrirá nuestra culpa, a ti te será perdonada fácilmente, pero yo, mísero, seré quien de tu culpa y la mía tendrá que sufrir la pena.
A quien la joven dijo:
–Pietro, mi pecado bien se sabrá, pero está seguro de que el tuyo, si no lo dices, no se sabrá nunca.
Pietro entonces dijo:
–Puesto que me lo prometes así, me quedaré; pero piensa en cumplirlo.
La joven, que lo más que había podido su preñez había tenido escondida, viendo por el aumento de su cuerpo que más no podía esconderse, con grandísimo llanto un día lo manifestó a su madre, rogándole que la salvase. La señora, desmesuradamente afligida, le dijo grandes injurias y quiso saber cómo había sido la cosa. La joven, para que a Pietro no se le hiciera daño, compuso una fábula, envolviendo la verdad en otras formas. La señora la creyó, y para ocultar la falta de la hija, a una posesión suya la mandó. Allí, llegado el tiempo del parto, gritando la joven como las mujeres hacen, no pensando la madre que aquí micer Amérigo, que casi nunca acostumbraba a hacerlo, fuese a venir, sucedió que, volviendo él de cazar y pasando junto a la alcoba donde su hija gritaba, maravillándose, súbitamente entró dentro y preguntó qué era aquello. La señora, viendo llegar al marido, levantándose afligida, lo que le había sucedido a su hija le contó, pero él, menos dispuesto a creerla que lo había estado la señora, dijo que no podía ser ver-

dad que no supiera de quién estaba grávida, y por ello firmemente lo quería saber, y diciéndolo ella podría recobrar su perdón; si no, que pensase en morir sin ninguna piedad. La señora se ingenió en cuanto podía en contentar al marido con lo que ella le había dicho, pero no servía de nada; él, fuera de sí de furor, con la espada desnuda en la mano, corrió a su hija, la cual, mientras su madre entretenía al padre con palabras, había parido un hijo varón, y dijo:

–O manifiestas de quién se engendró este parto o morirás sin dilación.

La joven, temiendo la muerte, rota la promesa hecha a Pietro, lo que entre ella y él había pasado le manifestó, lo que oyendo el caballero y ferozmente enfurecido, apenas se contuvo de matarla, pero luego de que aquello que le dictaba la ira hubo dicho, volviendo a montar a caballo, se vino a Trápani y a un micer Currado que en nombre del rey era capitán allí, la ofensa que le había hecho Pietro contándole, súbitamente, no sospechando él nada, le hizo prender; y dándole tormento, todo lo hecho confesó. Y siendo después de algunos días condenado por el capitán a que por la ciudad fuese azotado y luego ahorcado, para que una misma hora se llevase de la tierra a los dos amantes y a su hijo, micer Amérigo, a quien con haber conducido a Pietro a la muerte no se le había calmado la ira, vertió veneno en un vaso con vino, y lo dio a un sirviente suyo y un cuchillo desnudo con ello, y dijo:

–Ve con estas dos cosas a Violante y dile de mi parte que prontamente tome la que quiera de estas dos muertes, o el veneno o el hierro, y que lo haga sin demora; si no, que yo, a la vista de todos los ciudadanos que hay aquí, la haré quemar como lo ha merecido; y hecho esto, cogerás al hijo parido por ella hace pocos días y, golpeándole en la cabeza contra la pared, arrójalo de comida a los perros.

Dada por el fiero padre esta cruel sentencia contra su hija y su nieto, el servidor, más al mal que al bien dispuesto, se fue. Pietro, condenado, siendo por los guardias llevado a la horca dándole azotes, pasó, como quisieron los que guiaban la brigada, por delante de un albergue donde había tres hombres nobles de Armenia, los cuales por el rey de Armenia eran enviados a Roma como embajadores a tratar con el Papa de grandísimas cosas para una expedición que se debía hacer, allí descendidos para refrescarse y descansar algún día, y que habían sido muy honrados por los hombres nobles de Trápani y especialmente por micer Amérigo. Éstos, sintiendo pasar a los que llevaban a Pietro, vinieron a una ventana a mirar. Iba Pietro de la cintura para arriba todo desnudo y con las manos atadas atrás, y mirándole uno de los tres embajadores, que era hombre viejo y de gran autoridad llamado Fineo, le vio en el pecho una gran mancha bermeja, no teñida, sino naturalmente fijada en la piel, a modo de esas que las mujeres de aquí llaman «rosas»; vista la cual, súbitamente le vino a la memoria un hijo suyo el cual ya habían pasado quince años desde que por los corsarios le había sido arrebatado en la costa de Layazo, y nunca había podido tener noticias de él.

Y considerando la edad del infeliz que era azotado, pensó que, si estuviese vivo su hijo, debía ser de la edad que aquél parecía, y pensó que si fuese aquél



debía todavía recordar su nombre y el de su padre y acordarse de la lengua armenia; por lo que, cuando estuvo cerca, llamó:
–¡Teodoro!
La cual voz oyendo Pietro, rápidamente levantó la cabeza; y Fineo, hablando en armenio, le dijo:
–¿De dónde fuiste y y de quién hijo?
Los soldados que le llevaban, por respeto al valeroso hombre, se detuvieron, de manera que Pietro respondió:
–Fui de Armenia, hijo de un hombre que tuvo el nombre de Fineo, traído aquí de pequeño por no sé qué gente.
Lo que oyendo Fineo, certísimamente conoció que él era el hijo que había perdido; por lo que, llorando, con sus compañeros bajó y entre todos los soldados corrió a abrazarlo, y echándole encima un manto de riquísimo paño que llevaba, rogó a aquel que le llevaba al suplicio que le pluguiese esperar allí hasta que de volverlo a donde estaba le viniera la orden. Aquél repuso que la esperaría de buen grado. Había ya Fineo sabido la razón por la que era conducido a la muerte, por lo que rápidamente con sus compañeros y con sus criados se fue a micer Currado y le dijo así:
–Micer, aquel a quien mandáis a morir como a siervo es hombre libre e hijo mío, y está presto a tomar por mujer a aquella a quien se dice que le ha quitado su virginidad; plázcaos por ello aplazar la ejecución hasta que pueda saberse si ella lo quiere por marido, para que contra la ley si ella lo quiere no os encontréis que habéis obrado.
Micer Currado, oyendo que aquél era hijo de Fineo se maravilló, y avergonzándose un tanto de la culpa de la fortuna, confesando que era verdad lo que decía Fineo prestamente lo hizo volver a casa y mandó por micer Amérigo y le dijo aquellas cosas. Micer Amérigo, que ya creía que la hija y el nieto estaban muertos, se dolió más que ningún hombre en el mundo por lo que había hecho, viendo que si no estuviese muerta se podían muy bien arreglar todas las cosas; pero no dejó de mandar corriendo allí adonde su hija estaba para que si no se había cumplido su orden no se cumpliese. El que fue encontró al criado mandado por micer Amérigo que, habiéndole puesto delante el veneno y el cuchillo, porque ella tan pronto no se decidía, la insultaba y quería obligarla a coger uno, pero oído el mandato de su señor, dejándola, se volvió a él y le dijo cómo estaba el asunto. De lo que, contento micer Amérigo, yendo allí donde estaba Fineo, llorando, como mejor supo se excusó de lo que había sucedido y le pidió perdón, afirmando que él, si Teodoro quería a su hija por mujer, estaría muy contento en dársela.
Fineo recibió de muy buena gana las excusas, y repuso:
Estando, pues, Fineo y micer Amérigo de acuerdo, allí donde Teodoro estaba, todavía todo temeroso de la muerte y alegre por haber encontrado a su padre, le preguntaron su voluntad sobre esta cosa. Teodoro, oyendo que Violante, si quisiese, sería su mujer, tanta fue su alegría que del infierno le pareció saltar al paraíso; y dijo que esto sería una grandísima gracia si a ellos les placía. Se mandó, pues, a la joven a preguntarle su parecer, la cual, oyendo lo que de Teodoro había sucedido y estaba por suceder, cuando más doliente que mujer alguna la



muerte esperaba, prestando alguna fe después de mucho a las palabras, un poco se alegró y repuso que si ella su deseo siguiese en aquello, nada más feliz podía sucederle que ser la mujer de Teodoro, pero que siempre haría lo que su padre le mandase. Así, pues, en concordia, haciendo casarse a la joven, se hizo una fiesta grandísima con sumo placer de todos los ciudadanos. La joven, consolándose y haciendo nutrir a su pequeño hijo, luego de no mucho tiempo volvió a ser más hermosa que antes; y levantándose del parto, y ante Fineo (cuya vuelta de Roma se esperó) viniendo, le hizo la reverencia que se debe a un padre; y él, muy contento de tan hermosa nuera, con grandísima fiesta y alegría hechas celebrar sus bodas, como a hija la recibió y tuvo luego siempre; y después de algunos días, a su hijo y a ella y a su nietecito, subiendo a una galera, con él se los llevó a Layazo, donde con reposo y con placer los dos amantes cuanto la vida les duró vivieron.

El infierno de los crueles amantes

Nastagio de los Onesti, amando a una de los Traversari, gasta sus riquezas sin ser amado; se va, importunado por los suyos, a Chiassi, allí ve a un caballero perseguir a una joven y matarla, y ser devorada por dos perros; invita a sus parientes y a la mujer amada a almorzar donde está él, la cual ve despedazar a esta misma joven, y temiendo un caso semejante, toma por marido a Nastagio.

Al callarse Laureta, así (por orden de la reina) comenzó Filomena:

–Amables señoras, tal como nuestra piedad se alaba, así es castigada también nuestra crueldad por la justicia divina; para demostraros lo cual y daros materia de desecharla para siempre de vosotras, me place contaros una historia no menos lamentable que deleitosa.

En Rávena, antiquísima ciudad de Romaña, ha habido muchos nobles y ricos hombres, entre los cuales un joven llamado Nastagio de los Onesti, que por la muerte de su padre y de un tío suyo quedó riquísimo sin medida, el cual, así como ocurre a los jóvenes, estando sin mujer, se enamoró de una hija de micer Paolo Traversaro, joven mucho más noble de lo que él era, cobrando esperanza de poder inducirla a amarlo con sus obras. Las cuales, aunque grandísimas, buenas y loables fuesen, no solamente de nada le servían sino que parecía que le perjudicaban, tan cruel y arisca se mostraba la jovencita amada, tan altiva y desdeñosa (tal vez a causa de su singular hermosura o de su nobleza), que ni él ni nada que él hiciera le agradaba; la cual cosa le era tan penosa de soportar a Nastagio que muchas veces por dolor, después de haberse lamentado, le vino el deseo de matarse; pero refrenándose, sin embargo, se propuso muchas veces dejarla por completo o, si pudiera, odiarla como ella le odiaba a él. Pero en vano tal decisión tomaba porque parecía que cuanto más le faltaba la esperanza tanto más se multiplicaba su amor. Perseverando, pues, el joven en amar y en gastar desmesuradamente, pareció a algunos de sus amigos y parientes que él mismo y sus haberes por igual iban a consumirse; por la cual cosa muchas veces le rogaron y aconsejaron que se fuera de Rávena y a algún otro sitio durante algún tiempo se fuese a vivir, porque, haciéndolo así, haría disminuir el amor y los gastos. De este consejo muchas veces se burló Nastagio; mas, sin embargo, siendo requerido por ellos, no pudiendo decir tanto que no, dijo que lo haría, y haciendo hacer grandes preparativos, como si a Francia o a España o a algún otro lugar lejano ir quisiese, montado a caballo y acompañado por algunos de sus amigos, de Rávena salió y se fue a un lugar a unas tres millas de Rávena, que se llamaba Chiassi; y haciendo venir allí pabellones y tiendas, dijo a quienes le habían acompañado que quería quedarse allí y que ellos a Rávena se volvieran. Quedándose aquí, pues, Nastagio, comenzó a darse la mejor vida y más magnífica que nunca nadie se dio, ahora a éstos y ahora a aquéllos invitando a cenar y a almorzar, como acostumbraba. Ahora, sucedió que un viernes, casi a la entrada de mayo, haciendo un tiempo buenísimo, y empezando él a pensar en su cruel señora, mandando a todos sus criados que solo le dejasen, para poder pensar más a su gusto, echando un pie delante de otro, pensando se quedó abstraído.

Y habiendo pasado ya casi la hora quinta del día, y habiéndose adentrado ya una medía milla por el pinar, no acordándose de comer ni de ninguna otra

cosa, súbitamente le pareció oír un grandísimo llanto y ayes altísimos dados por una mujer, por lo que, rotos sus dulces pensamientos, levantó la cabeza por ver qué fuese, y se maravilló viéndose en el pinar; y además de ello, mirando hacia adelante vio venir por un bosquecillo bastante tupido de arbustillos y de zarzas, corriendo hacia el lugar donde estaba, a una hermosísima joven desnuda, desmelenada y toda arañada por las ramas y las zarzas, llorando y pidiendo piedad a gritos; y además de esto, vio a sus flancos dos grandes y feroces mastines, los cuales, corriendo tras ella rabiosamente, muchas veces cruelmente donde la alcanzaban la mordían; y detrás de ella vio venir sobre un corcel negro a un caballero moreno, de rostro muy sañudo, con un estoque en la mano, amenazándola de muerte con palabras espantosas e injuriosas. Esto a un tiempo maravilla y espanto despertó en su ánimo y, por último, piedad por la desventurada mujer, de lo que nació deseo de librarla de tal angustia y muerte, si pudiera. Pero encontrándose sin armas, recurrió a coger una rama de un árbol en lugar de bastón y comenzó a salir al encuentro a los perros y contra el caballero.

Pero el caballero, que esto prontamente vio, le gritó desde lejos:

–Nastagio, no te molestes, deja hacer a los perros y a mí lo que esta mala mujer ha merecido.

Y diciendo así, los perros, cogiendo fuertemente a la joven por los flancos, la detuvieron, y alcanzándolos el caballero se bajó del caballo; acercándose al cual Nastagio, dijo:

–No sé quién eres tú que así me conoces, pero sólo te digo que gran vileza es para un caballero armado querer matar a una mujer desnuda y haberle echado los perros detrás como si fuese una bestia salvaje; ciertamente la defenderé cuanto pueda.

El caballero entonces dijo:

–Nastagio, yo fui de la ciudad que tú, y eras todavía un muchacho pequeño cuando yo, que fui llamado micer Guido de los Anastagi, estaba mucho más enamorado de ésta que lo estás tú ahora de la de los Traversari; y por su fiereza y crueldad de tal manera anduvo mi desgracia que un día, con este estoque que me ves en la mano, desesperado me maté, y estoy condenado a las penas eternas. Y no había pasado mucho tiempo cuando ésta, que con mi muerte se había alegrado desmesuradamente, murió, y por el pecado de su crueldad y la alegría que sintió con mis tormentos no arrepintiéndose, como quien no creía con ello haber pecado sino hecho méritos, del mismo modo fue (y está) condenada a las penas del infierno; en el cual, al bajar ella, tal fue el castigo dado a ella y a mí: que ella huyera delante, y a mí, que la amé tanto, seguirla como a mortal enemiga, no como a mujer amada, y cuantas veces la alcanzo, tantas con este estoque con el que me maté la mato a ella y le abro la espalda, y aquel corazón duro y frío en donde nunca el amor ni la piedad pudieron entrar, junto con las demás entrañas (como verás incontinenti) le arranco del cuerpo y se las doy a comer a estos perros. Y no pasa mucho tiempo hasta que ella, como la justicia y el poder de Dios ordena, como si no hubiera estado muerta, resurge y de nuevo empieza la dolorosa fuga, y los perros y yo a seguirla, y sucede que todos los viernes hacia esta hora la alcanzo aquí, y aquí hago el destrozo que verás; y los otros días no creas que reposamos sino que la alcanzo en otros lugares donde ella cruelmente contra mí pensó y obró; y habiéndome de amante convertido en su enemigo, como ves, tengo que seguirla de esta guisa cuantos meses fue ella cruel enemigo. Así pues, déjame poner en ejecución la justicia divina, y no quieras oponerte a lo que no podrías vencer.